

Sofista en torno al problema del conocimiento que, en su desarrollo, desemboca en “la relación entre fluir y estabilidad”. Por tanto, en la discusión de ese problema podemos rastrear no solo las posiciones de la sofística, sino también las de los primeros pensadores que postularon tal dualidad. En cuanto a Aristóteles, Gadamer estudia, fundamentalmente, los primeros libros de la Física y de la Metafísica, en donde explícitamente se habla de los primeros pensadores. Hay que destacar que Gadamer considera la Metafísica como un “apéndice marginal” de la Física, puesto que, en la interpretación del autor, Aristóteles aparece como un pensador orientado hacia la física y la biología (a diferencia de Platón, orientado hacia las matemáticas, orientaciones que abarcan o excluyen, respectivamente, el problema de la contingencia), que trata de mostrar la *physis* como “la primera manifestación del ser” y, de ahí, que la filosofía aristotélica esté determinada por la presocrática. En los textos de la Metafísica o de la Física dedicados a la filosofía presocrática “forman parte de un diálogo vivo entre el filósofo y sus predecesores” y “sólo si se entiende este diálogo es posible reconstruir un poco mejor la cuestión formulada por la “escuela” milesia, por la eleática o por el atomismo”.

Los dos últimos capítulos del libro hacen una lectura del fragmento conservado del poema de Parménides a partir de lo descubierto en los textos platónicos y aristotélicos. Sin embargo, las lecciones recogidas en este libro no pretenden dar por zanjada ninguna cuestión sobre los presocráticos, salvo la de la aproximación hermenéutica como única válida desde la filosofía. De todos modos, el estudio del inicio de la filosofía no puede ser zanjado de ningún modo, puesto que, al afectar directamente a los problemas actuales de la cultura occidental, cada actualidad, cada época, deberá reflexionar, una y otra vez, sobre la significación del principiar de su cultura.

Enrique PRADAS GARCÍA

LEIBNIZ, Gottfried Wilhelm: *Writings on China*, translated, with an Introduction, Notes and Commentaries by Daniel J. Cook & Henry Rosemont, Chicago and La Salle: Open Court, 1994.

La presente edición constituye un valioso aporte a las ediciones e investigaciones leibnizianas, al mostrar en su evolución temporal y reflexiva los textos fundamentales de Leibniz acerca de China. Los profesores D. Cook y H. Rosemont (que alternan sus actividades académicas entre los E.E.U.U. e Israel) habían publicado ya la primera edición inglesa de la obra de Leibniz *Discours sur la théologie naturelle des chinois* (1716) bajo el título *Discourse on the Natural Theology of the Chinese* (Honolulu: University Press of Hawaii, 1977 y 1980). Dicha obra aparece aquí en su verdadera dimensión: como el producto más acabado de las búsquedas de Leibniz en

torno a China, sus costumbres, gobierno, moral y religiones. El libro incluye también el prefacio a las dos ediciones de *Novissima Sinica* (1697 y 1699), el *De Cultu Confucii civili* (*On the Civil Cult of Confucius*, 1700) y las observaciones sobre los ritos y religión de China escritas por Leibniz en 1708 (*Remarks on Chinese Rites and Religion*).

En estos trabajos resalta sobre todo el respetuoso y prudente análisis que hace Leibniz de Confucio y sus seguidores, de la inusitada posibilidad, para la Europa de su época, de la existencia de un pensamiento filosófico, antiguo y profundo, en un país no europeo y de la necesidad de intercambio recíproco, de mutuo aprendizaje. De tal modo, Leibniz se sitúa entre los primeros promotores del diálogo intercultural en Europa.

Bajo la influencia de Jan Amos Comenius, uno de los pioneros del ecumenismo interreligioso, Leibniz concibió un proyecto para la unión del género humano en el cual la unión religiosa desempeñaría un papel fundamental. Conocida sobre todo a través de las informaciones suministradas por los misioneros jesuitas, muchos de ellos amigos personales de Leibniz, China se presentaba como el caso singular de un país con historia y filosofía propias e independientes de Europa y una doctrina religiosa y filosófica basada en la ley natural: el confucianismo. Y Leibniz supo apreciar esto en todo su valor, aunque en muchos casos los datos y valoraciones sobre el pensamiento chino manejados por él no fuesen exactos. No todo había de achacarse a la época, pues, si a inicios del siglo XVII un sabio como Athanasius Kircher aún recogía en su *China Illustrata* algunas de las apreciaciones fantásticas provenientes de la Edad Media, ya a fines del siglo los misioneros jesuitas sobre todo habían aportado estudios tan rigurosos y objetivos como los de Martino Martini, que en su *Atlantis Sinici* rectifica innumerables errores y creencias sin fundamento acerca de China. Leibniz se mantuvo al tanto en muchos casos de las investigaciones sobre sinología, pero también dejó de cotejar, en la última etapa de su vida, los datos más antiguos con los más recientes. De tal modo, juzgó erróneamente muchas ideas en su deseo de aproximar el confucianismo al cristianismo. Dos errores de Leibniz —y no sólo suyos— fueron identificar el I-Ching o *Libro de las mutaciones* y sus 64 hexagramas con un sistema numérico --el binario desarrollado por el propio Leibniz— y tomar ciertos aspectos del neoconfucianismo por propios del confucianismo original. Resulta admirable el llamado a la reflexión sobre su propia historia y cultura que lanza a Europa, con vistas a una valoración más objetiva del pensamiento chino.

Además de los tratados de Longobardi y Santa María, contrarios a la tolerancia para con el confucianismo y los ritos tradicionales, habían sido publicadas en Europa obras en defensa del pensamiento chino o compiladoras de sus principales ideas, entre otras, las de Ricci, Trigault, Sabbatino de Ursis, Couplet, Intorcetta, Martini, Le Gobien, Bouvet, todos jesuitas. A estos problemas y a la polémica desatada en Europa sobre China se dedica la introducción, donde también se analizan las ediciones existentes hasta el momento de las obras de Leibniz sobre China y se exponen

los criterios de los autores de la presente edición sobre varios puntos importantes como la reconstrucción de los textos, la transcripción de términos chinos, etc.

Importantes cuestiones políticas subyacen en el *Discurso*: la amenaza turca hacía pensar a los políticos europeos en alianzas —en el caso de resultar posibles— con países no europeos, entre otras razones para inclinar a su favor la correlación de fuerzas en el caso de un nuevo ataque turco contra Europa. En algunos escritos, Leibniz menciona la zona de Bosnia como estratégica y no es casual que su proyecto de una Europa unificada contemple el diálogo y establecimiento de relaciones de cooperación entre China y Europa. Estorbarlas podía convertirse en causa de una alianza de tan poderoso país con los enemigos que poco antes habían estado a punto de tomar Viena. Y si la parte católica de Europa no aprovechaba debidamente la ocasión, la parte protestante podía hacerlo e inclinar a su favor al imperio chino, sobre todo propiciando su conversión al cristianismo, proceso entorpecido y en gran medida frustrado por los litigios entre los misioneros católicos y los dictámenes de Roma.

Según Leibniz, los europeos deberían aprender de los chinos muchas cosas sobre la organización social acorde con los principios de una ética basada en la ley natural, lo cual no había sido capaz de lograr Europa pese a poseer la revelación cristiana. Hay cierta idealización de China, explicable a partir de los elementos en los cuales se basan las valoraciones de Leibniz. Sin embargo, el diálogo intercultural que propone revela una claridad de visión que va más allá de las inexactitudes: Europa aportaría los adelantos científicos y técnicos y el Evangelio —compatible con el confucianismo a juicio de Leibniz, partidario del llamado “figurismo chino”— y China su sentido de la organización y finalidad de la vida, su religiosidad extendida a todo el universo —idea también cultivada por místicos europeos— y la elevada moral en las relaciones interpersonales.

En nuestros días, el llamado “problema del otro” ha cobrado nueva fuerza, a la luz de condiciones que nos hacen recordar la época de Leibniz: la Europa unificada, ya como realidad en marcha, la importancia de Bosnia como zona estratégica, las migraciones a Europa de ciudadanos de países no europeos —en tiempos de Leibniz se producía el hecho opuesto— son algunas características mencionables. No hay que olvidar que la idea de la Europa unificada, fruto de las reflexiones de Comenius y Leibniz, surgió sobre la base del ecumenismo interreligioso, aspecto al cual debe dedicarse una reflexión mucho más detenida, pese a la existencia de trabajos fundamentales en este sentido, como los ya clásicos de Baruzi y Levy-Brühl, y los más actualizados de Mungello o del propio D.J. Cook, entre otros.

Por todo lo expuesto, esta edición ocupa sin duda un lugar destacado en la investigación leibniziana, de obligatoria lectura para los interesados, y no sólo de habla inglesa, por el rico acervo de datos y reflexiones incorporados.